

Les voy a traer dos recuerdos del colegio que me volvieron hace poco. Primera semana de clases. Todos formábamos con mucho miedo. Muertos de calor. De pronto un chico se tambaleó y se apoyó sobre el de atrás en la fila. Éste lo empujó, y el de adelante lo dejó caer. Los preceptores se lo llevaron. En los días siguientes la situación se repitió parecido. Había miedo. Por lo visto las filas no tenían los juegos de empujones de la primaria. Teníamos que ser grandes y dejar de jugar.

Otra vez, nos llevaron a todos al microcine a ver una película sobre Troya. Era algo fuera de programa. La oscuridad se interrumpió, y un haz de luz comenzó a salir de un cuadradito en la pared. A los pocos minutos, se escucharon gritos, se apagó el proyector y, junto con las lámparas del techo, se encendió la oscuridad. Un preceptor dijo que alguien estaba tirando tuercas. Nos sacaron a todos de allí y nos llevaron al claustro de sexto año. El rector dio un discurso sobre nuestra indisciplina y violencia. Dijo que no habría continuidad para los que tenían suspensiones.

Volvamos al microcine. Yo no vi ninguna tuerca. Los preceptores en medio de la oscuridad sí las vieron. Fue raro y dio miedo. De aquellos dos recuerdos me quedan dos reflexiones. La primera es que la vida está llena de caballos de Troya. Aquel regalo audiovisual sobre esa urbe del Peloponeso era en realidad un caballo de Troya. Escondía un miedo. Probablemente las tuercas, si las hubo, las tiraron los mismos preceptores. Y quizás las tiraron desde ese pequeño agujero de donde se proyectaba un relato. También salía la sombra de allí. Crecimos rodeados de caballos de Troya en anuncios, en ideologías, en relatos. Nuestros sueños se enredaron en las riendas de esos caballos y otras veces fueron pisoteados por las pesadas patas de esos regalos tramposos. Tal vez sirva diferenciar si se está frente a un caballo de Troya, o a una caja de Pandora. En el primer caso el caballo parece solo la desgracia y en el segundo es uno el que abre la caja. Nos acostumbramos a abrir cajas de Pandora y recibir caballos regalados. En unos se esconde algo y en otras están atrapados vendavales y tormentas que esperan ser desatados. Como sea, la compañía siempre nos viene bien en caballos y en cajas. Nos sirvió para que nos preguntáramos, qué hacían las tuercas allí. Quién las había tirado, para qué lo había hecho. Y entre tantas preguntas fuimos dibujando respuestas que nos sacaron el miedo. La autoridad dejó de estar del lado del rector y aquellos preceptores, para estar de nuestro lado. No íbamos a temblar. Y nunca más se desmayó nadie en la fila. Hubo una suerte de rebelión en preguntarnos. Desconfiamos al unísono de las palabras de la autoridad. Y dejamos de ver al otro como un chico que se desmayaba en la fila y del que nadie se quería hacer cargo. Para ver en el otro a alguien con quien hacernos preguntas. Repartimos ideologías los siguientes años, pero siempre mantuvimos la capacidad de encontrar diálogo. Tuvimos diferencias, pero nunca una postura tan distinta como para dejar de aceptar las preguntas ajenas. De alguna manera supimos que preguntando teníamos un arma contra los autoritarismos. Contra las tuercas y engranajes que nos buscaban encasillar en un modelo de miedo. Y frente a las cajas de Pandora, que casi todos hemos abierto en un descuido, o chupando un palo sentados, hemos encontrado el cuidado de nuestros compañeros que nos dicen, meté todo adentro y cerrá rápido, o no te preocupes que ya se va a calmar todo lo que liberaste. En los dos casos estar acompañados nos quita un poco el miedo. Y creo que el colegio, más allá de todo lo que nos enseñó a pensar, nos enseñó a acompañar y a dejarnos acompañar. Gracias por la compañía. Gracias por el fuego.

Sebastián María de Amorrortu